

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 20 de Mayo de 1897

Núm. 339

FANTASÍAS FEMENINAS



Pierrette

Crónica

O como ustedes quieran llamarla.

Porque nada hay tan engorroso para un mísero (*¡ay infelice!*) cronista ó revistero que debuta en un periodico ilustrado, como tener que inventar un título para esta sección, ingrata *de suyo* (para mí) é ingrata, tal vez, *de mío*, para los lectores.

Se ha abusado mucho de los títulos, sin contar los nobiliarios que se han prodigado en estos últimos tiempos. Si pudiéramos hacer toda clase de títulos, como se hacen los de los nobles de nuevo cuño, que lo toman de sus posesiones ó de sus apellidos, saldríamos pronto del paso, porque diríamos, por ejemplo, en el caso presente: «Crónica de Casa-Motilba», ó «Revista de LA SAETA», ó «Gacetilla cómica del kiosko número 3».

Pero esto no expresaría toda la universalidad de nuestro objeto. Sería reducir la crónica á los asuntos particulares de nuestro estimado propietario, en los que el público no debe ni quiere meterse.

Y hay que desengañarse. Hoy los periódicos deben ser originales hasta en sus menores detalles. Observen ustedes que, en este género, se parecen casi todos, en su esencia y forma, pero tienden á diferenciarse en sus accidentes. Si uno titula la crónica *De jueves á jueves*, otro le endilga el sonoro nombre de *Mosaico semanal*, y no falta un revistero enemigo de la vulgaridad y la rutina, que intitule su sección *Causerie hebdomadaria*. Así, en francés y latín averiado, para mejor inteligencia de los lectores y para descanso del interesado y de la mamá que le dió á luz.

Como yo no he de poner mi imaginación en prensa, porque es tarde, y lo que Reguera quiere poner en prensa son estas cuartillas, me *contraigo* á los encabezamientos usuales y titulo *Crónica* á lo que creo que debe comprenderse bajo ese epígrafe.

Podría llamarse *Charla ó Pláticas de familia...*, de las que nunca hizo caso don Juan Tenorio, como no lo harán ustedes de las mías.

En fin, yo haré lo que pueda, y como pienso que *le nom ne fait rien à la chose*, ó que «el nombre no hace reir á la choza», como traducía un intérprete de un hotel de la calle de la Boquería, dejaré el título como cosa secundaria y entraré en materia.

*
* *

Después de las elecciones municipales, lo que más nos ha conmovido ha sido la llegada del general Polavieja, que, desgraciadamente, viene enfermo de la vista, lo cual le ha evitado el disgusto de ver la Puerta de Alcalá levantada en la Puerta de la Paz (todo son puertas), á manera de arco de triunfo para el ejército, y como timbre de gloria para su autor, señor Falqués, que, si no tiene otros timbres, no va á poder llamar en toda su vida, porque ese no suena.

Respetive á la ovación tributada al ilustre caudillo, unos opinan que fué entusiasta y calurosa, otros dicen que fué fría, ó cuando menos tibia, y hay periódico que sostiene que no hubo ovación, ni entusiasmo, ni calor y ni siquiera caudillo.

Yo no entro ni salgo en estas discusiones, ni paso por el arco, pero pude convencerme *por mis propios ojos* de que una inmensa muchedumbre vitoreaba al general, y que el día de su desembarco fué día de júbilo y animación en plazas, calles y paseos, que muchos balcones estaban *colgados* y que *colgados* quedaron también los que quisieron reducir la importancia que revistió el recibimiento hecho por el pueblo al vencedor de Cavite. Ví en las noches del jueves y viernes iluminadas las fachadas de muchos edificios públicos y particulares.

Pero no negaré que, después de eso, se apagaron las iluminaciones:

Y el entusiasmo.

*
* *

Se dijo que el Gobierno no miraba con buenos ojos los trabajos preparativos de la ovación tributada al general.

¿Cómo había de mirarlos con buenos ojos un Gobierno presidido por el señor Cánovas del Castillo?

También se observó que los militares fueron de paisano á saludar al ex-Capitán general de Filipinas.

—¡Naturalmente!—decía un comentarista—un oficial valenciano, por ejemplo, tiene que ir de *paisano...* de Mencheta, y un catalán de *paisano* de Guimerá.

Por más que Guimerá no es paisano de los catalanes, sino de los catalanistas, y canario de nacimiento y profesión.

A propósito de catalanistas.

El Ateneo no iluminó la fachada en honor del general, lo cual no tiene nada de particular.

Porque desde que los catalanistas mangonean en aquella casa, el Ateneo tiene pocas luces.

* * *

La *estafeta ciclista* ha colmado los anhelos de la veloz clase de sportments rodados. Verdad que llegó á Madrid con tres horas de retraso; pero no debe atribuirse esta demora á los corredores, sino al viento que mandó el Gobierno desde Madrid para deslucir los festejos, según opinión de un lector del *Heraldo*.

Los ciclistas se portaron como unós valientes, pues ya que no pudieron batir al enemigo en Filipinas, *batieron*, en obsequio á los vencedores, el record Barcelona-Madrid, obteniendo un señalado triunfo.

* * *

El doctor Barraquer calificó de *iritis* la enfermedad del bravo general Polavieja.

Un oculista que no ejerce desde que dejó ciego á un tuerto, conforme con el diagnóstico del doctor Barraquer, decía que no podía ser otra la afección.

—Miren ustedes—añadía—Polavieja fué á substituir á *Blanco*, combatió contra la raza *amarilla*, y viendo aquello muy *negro*, se volvió por el mar *Rojo*.

¿Qué había de producir esta confusión de tonos y colores, esta especie de *iris*, más que una *iritis*?

J. DE LA CRUZ FERRER.

R BOISCHAG



La primera fruta

Harto al ver que todos dan en el error tremebundo de achacarle al pobre Adán todos los males del mundo, y hastiado de haber oído que fuera mejor la vida, si él no se hubiese comido la manzana maldecida; yo, que en este asunto, opino de muy distinta manera y que no le recrimino porque la fruta comiera, me he creído en el deber de hacer constar á las gentes que no soy del parecer del resto de los vivientes, pues hallo tan natural que Adán diese aquel bocado que hasta pensaría mal, si no lo hubiese probado. En resumen, que no admito que obró mal, tanto es así que no encuentro tal delito y hasta he pensado de mí que si el día de mañana pudiera obrar de igual modo, no digo yo una manzana ¡me como manzano y todo!

MIGUEL TOLEDANO.

«...y la sorprende el sol cada mañana escribiendo *su nombre* con el dedo en el turbio cristal de su ventana...»

GIACOMO GROSSO



VIRGINIA REYTER, insigne actriz italiana

Espejo de dueñas

(RECUERDOS DE HACE DOS SIGLOS)

I

Con el manto de anascote
cubierto medio semblante,
y dejando el otro medio
entre si sale ó no sale;
el talle todo corcobas,
la nariz toda humedades
y la boca vuelta yermo
de un diente disciplinante;
con los ojos medio ocultos
detrás de ahumados cristales,
por lo de sin carnes viernes
y por lo de aciaga martes;
sentada cabe la reja,
la dueña doña González
las cuentas de su rosario
pasando estaba una tarde.

Y como son en las dueñas
hasta los rezos maldades,
y al diablo encienden dos cirios
al poner uno al arcángel,
como á golpe de conjuro
se vió asomar por la calle
de un embozado mancebo
el noble y gentil talante.

II

—¿Qué buscáis aquí á esta hora?
—Que calméis mis ansias, madre,
y que el fuego en que me abraso
templéis, si podéis templarle.
—¿Qué es lo que de mí pretende
el hidalgo?—Cosa fácil:
que vos os déis á partido,
ya que ella no quiere darse.
—Mi sá Inés es casta y pura.
—Eso me empeña en el lance,
que el asedio da más gloria
si es la plaza inexpugnable.
—Ella no os ama.—Con eso
no será su dolor grande
si alguna vez á olvidarla
el destino me forzase.
—¿Es decir que estáis resuelto?
—A todo.—Reparad antes
que puso de Inés la honra
bajo mi amparo su padre.
—Por eso encuentro que deben
vuestras virtudes premiarse.
Mirad si en este bolsillo
hay recompensa bastante.
—¿Y qué he de hacer?—Poca cosa;
la casa tiene una llave,
hacedla pesar en oro
y se os dará lo que vale,

Después de quedar callados
por unos breves instantes,

entre el galán y la dueña
se cruzaron unas frases.

Mas, importaba en tal modo
á uno y otro recatarse,
que lo que allí se dijeron
no pudo escucharlo nadie.

Sólo se vió que á la postre,
con dedos que, por rampantes
pudieran causar envidia
á neblíes y alcotanes,

la dueña, asiendo la bolsa,
mucho menos que ella frágil,
murmuró, mientras sacaba
por entre el manto una llave:
—Ya lo sabéis; esta noche
á las diez; no vengáis antes,
y no temáis hacer ruido
que tengo el sueño envidiable.

III

Aun del galán las pisadas
resonaban en la calle,
cuando la dueña, en un hombro
sintió una mano posarse.
—¡Señor! murmuró turbada.
—Levantad, doña González,
que vuestra adhesión aprecio
y estimo vuestras lealtades,
—¿Escuchásteis?—Nada he oído;
pero adivino el alcance
de un daño á que vos sin duda
remedio en vano buscásteis.

Y comprendiendo la dueña
que aquel viejo venerable
no era capaz, por honrado,
de ver traiciones en nadie,
plegando los secos labios
en sonrisa repugnante,
gruñó para sus adentros:
—¡Hay negocio por dos partes!

Lo que el señor y la dueña
hablaron aquella tarde
no hay testigo que lo cuente
ni papel que lo relate.
Pero es fama que la vieja,
yendo á su cuarto á encerrarse
para rezar de rosario
no sé si cinco ó seis partes,
acariciando el bolsillo
que tomó momentos antes,
gruñó, como aquel que quiere
con sí mismo congraciarse:
—Yo cumplí como debía;
si bien las cosas no salen,

Dios nos ilumine á todos,
que buena falta nos hace.

IV

Del fin de aquella aventura
tan sólo la villa sabe
que la ronda, aquella noche,
halló un muerto en cierta calle.

Por mozo noble le daba
su apuesto y gentil talante,
y sus heridas decían
que no fué á traición el lance.

Por lo demás, no merece
tanta atención un cadáver,

cuando no hay noche en la corte
que sin su par de ellos pase.

Quedó el misterio en las sombras,
nadie de él volvió á ocuparse,
que al fin y al cabo es muy justo
que quien hizo el mal lo pague.

Sólo en apartada estancia,
aún la espada tinta en sangre,
así á una dueña decía
un anciano, con voz grave:

—Por vos, limpio mi honor queda;
Dios vuestras virtudes pague,
y mal haya quien de dueñas
con pocos respetos hable.

ANGEL R. CHAVES.

J. WAGREZ



TANNHAUSER en la montaña de Venus

Á una boca

Boca no se vió jamás
como tu boca, Ginés;
hablando, vale por tres;
comiendo, por muchas más.

Cuando á pedir se dedica
sin vergüenza y sin sosiego,
parece boca de riego
que á todo el mundo salpica.

Y cuando suelta el embozo
para verter una idea,
por lo que oculta y marea,
parece boca de pozo.

Tu boca á furor provoca,
y hay quien perdiendo la calma
juza que no tienes alma
ó la tienes en la boca.

Nadie en amantes deseos
por tu boca suspiró,
aunque hay quien la confundió
con el buzón de Correos.

Ni hubo quien tal heroísmo
en su corazón guardara,
que á tu boca se asomara
mejor que á la de un abismo,
por no ver en su interior
tu diente negro y gastado,
padrón de ignominia alzado
en el solar de un traidor.

La ventura de la vida
que hoy es ruín y pasajera,
fuera colosal, si fuera
de ella tu boca medida.

Si afirma que se equivoca
quien tiene boca; el refrán,
pocos se equivocarán
como tú con esa boca.

No es que á mi suerte mezquina
con tal pretensión arguya;
mas ¡ay! si como la tuya
me abriera una boca-mina.

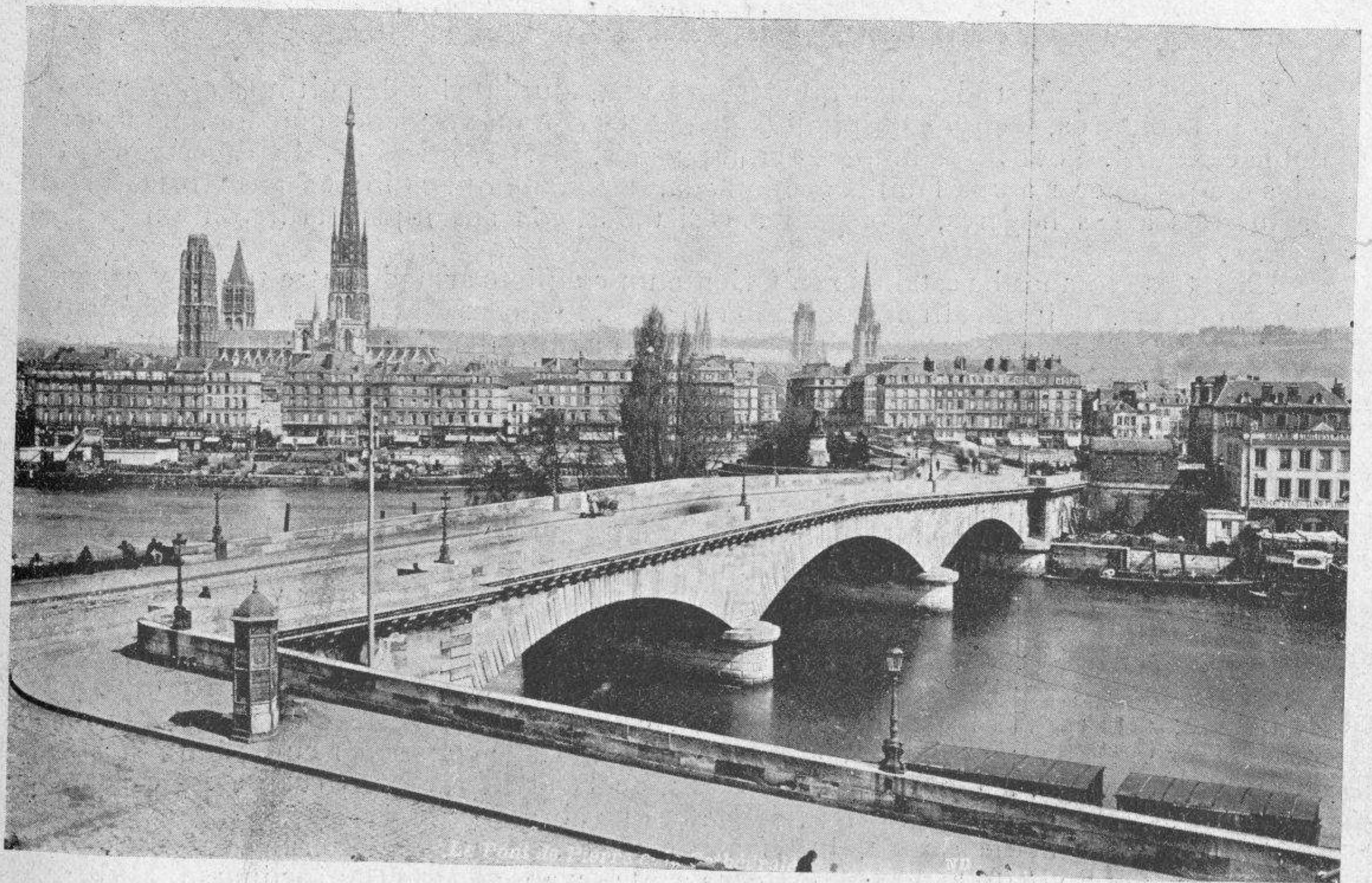
Si á matar una opinión
basta una boca pequeña,
tu boca, si es que se empeña,
matar puede una nación.

Por eso cuantos la ven
dicen con voz angustiada:
—De esa boca condenada
el Señor nos libre, amen.

Y yo que no soy de roca,
pido á Dios con ansia loca
verte andar de puerta en puerta
con tamaña boca abierta
y con el Credo en la boca.

MANUEL DEL PALACIO.

ALREDEDOR DEL MUNDO



DIEPPE. — El Puente de piedra y la Catedral



DIEPPE. — Estatua de Duquesne

Paz á los muertos

¡Igualdad!

Víctimas de emboscadas, han muerto en Cuba, durante los dos últimos años, más de cinco mil soldados, y en los hospitales, atendidos con más ó menos cuidado, ha muerto doble cantidad. Todos esos hombres eran jóvenes, fuertes, robustos. La excepción entre ellos era pertenecer á una familia acomodada. De modo que la inmensa mayoría fueron arrancados á sus hogares, y los padres, casi todos, con sus hijos perdieron un pedazo de pan.

Hace tres semanas ha estallado en Oriente un conflicto armado entre turcos y griegos. Al odio de raza se junta allí el fanatismo religioso. En pocos días han muerto noblemente, sin terror, de cara al enemigo, en defensa de cuanto elevado y respetado hay en sus patrias, unos dos mil hombres. Todos también eran jóvenes, robustos, y llevaban dentro de ellos, con la noción del trabajo incesante, la levadura, el germen de futuras generaciones.

Dejad á las mujeres y á los neuróticos que compadezcan á los que sucumben, llevando sobre su rostro la máscara del espanto, aquellos cuyas facciones convulsas, cuyos ojos desorbitados, cuyos brazos retorcidos acusan el miedo vil cuando llega la hora suprema. Dejad que los muertos entierren á sus muertos.

Y todos los hombres esforzados, todos aquellos que sienten alientos varoniles, saluden ante la fosa inmensa y aun abierta donde yacen todos los soldados que mueren sin miedo y sin tacha, cuando todas las fuerzas de su sér les impulsan á defender la vida. Inclínense todas las frentes ante esos rostros exangües que la Muerte ha inmovilizado, pero no contraído; ante esa fila interminable de cadáveres en cuyas facciones está escrita la palabra «deber». Deber cumplido á costa de la propia existencia; deber cumplido á pesar de la muerte que llega, del enemigo que avanza, de la artillería que truena, del cansancio que rinde, del hambre que muerde, de la sed que abrasa.

Esa fosa que nadie saluda, huérfana de flores, con una tosca cruz de piedra que la lluvia pudre ó el viento arrebatara, esa es la santa, y ante ella deben inclinarse las desnudas cabezas y doblarse las rodillas.

Cuando una catástrofe hace estremecer de horror todos los nervios, un recuerdo siquiera para los millares de hombres que han muerto sin miedo, defendiendo algo que era casi extraño para ellos y que, vivos, pudieron decir: *Per me reges regnant.*

A. RIERA.

¡Pobrecita!

¡Tú, perdida en el vicio! ¡tú, tan niña!
Permite que mi alma enamorada
de lo bueno y lo justo, acongojada
con el afecto del dolor, te riña.

Mira; lo pequeñito
me hace una gracia tal, lo adoro tanto,
que ante esa audacia impúdica y graciosa,
que te da la tristeza de una rosa
manchada con la sangre de un delito,
sin poder ocultar mi hondo quebranto,
río... como un bendito,
y se turban mis ojos por el llanto.

Ya sé, ya sé que al apuntar el día
de tu alegre niñez, la horrible anemia
de aquella sociedad viciosa, impía,
tus sueños de inocencia pervertía
con el golpe soez y la blasfemia.

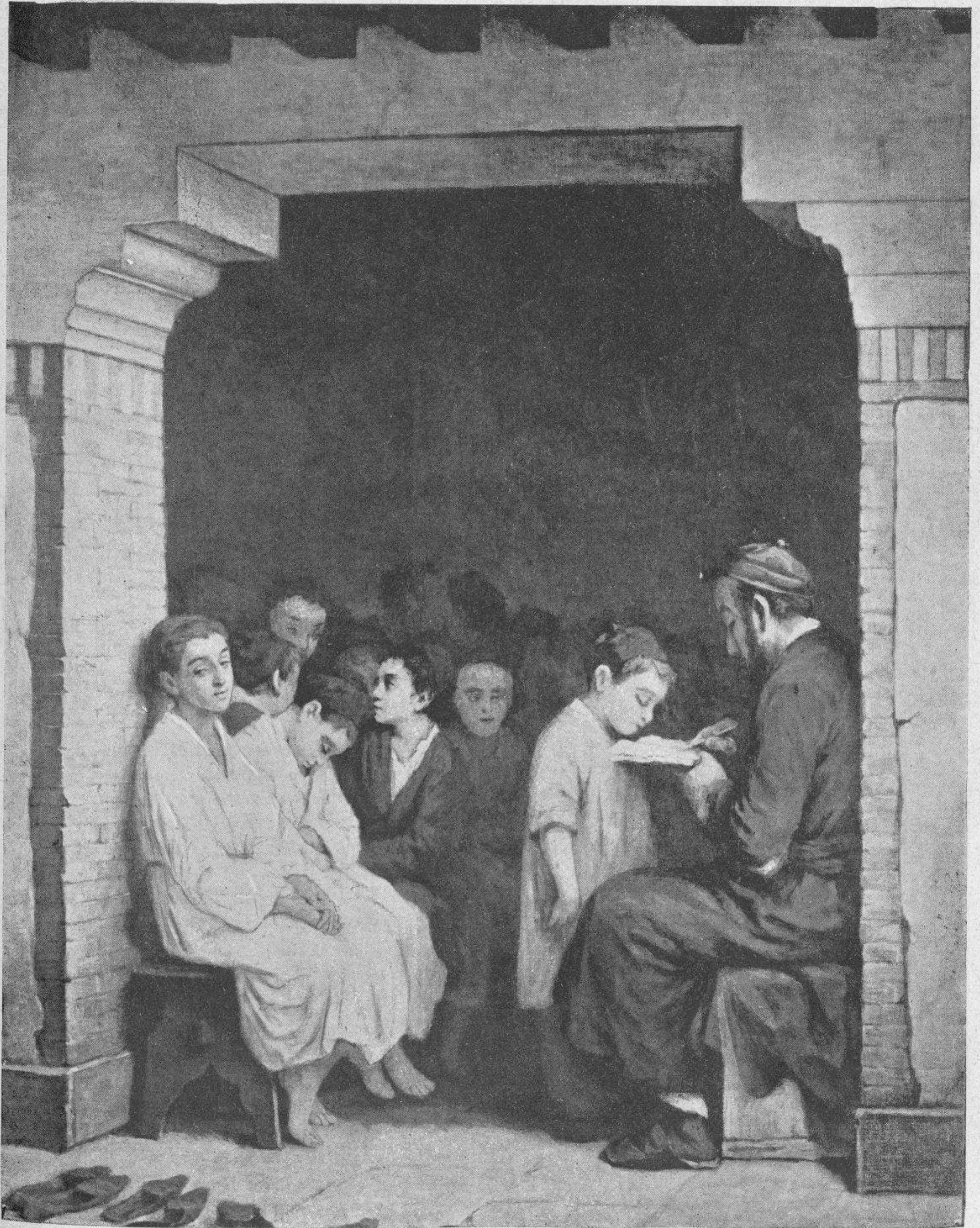
Y después te vendieron, alma mía...
Y ¿quién fué el comprador, el miserable?...
¿Aquel anciano, dices? ¡Ah, malvado!
¡Dios mío; y hace poco me ha soltado
un sermón de moral interminable!

Tal vez será locura;
pero ellos ven en tí la bestia impura
que niña aún, la corrupción consiente.
Yo veo mucho más: veo una frente
aun de su mismo crimen inocente,
que ciñe una corona de amargura.

¿Que á mí también me quieres? ¡Quita, quita!
¿Que si te beso? Sí; pero te beso
como se besa á una visión bendita.
¿Que... de otro modo? ¡No: renuncio á eso!...
¿Eh? ¿qué? ¿que soy un tonto? ¡Pobrecita!

ADOLFO LUNA.

H. BRUM



Una escuela judía

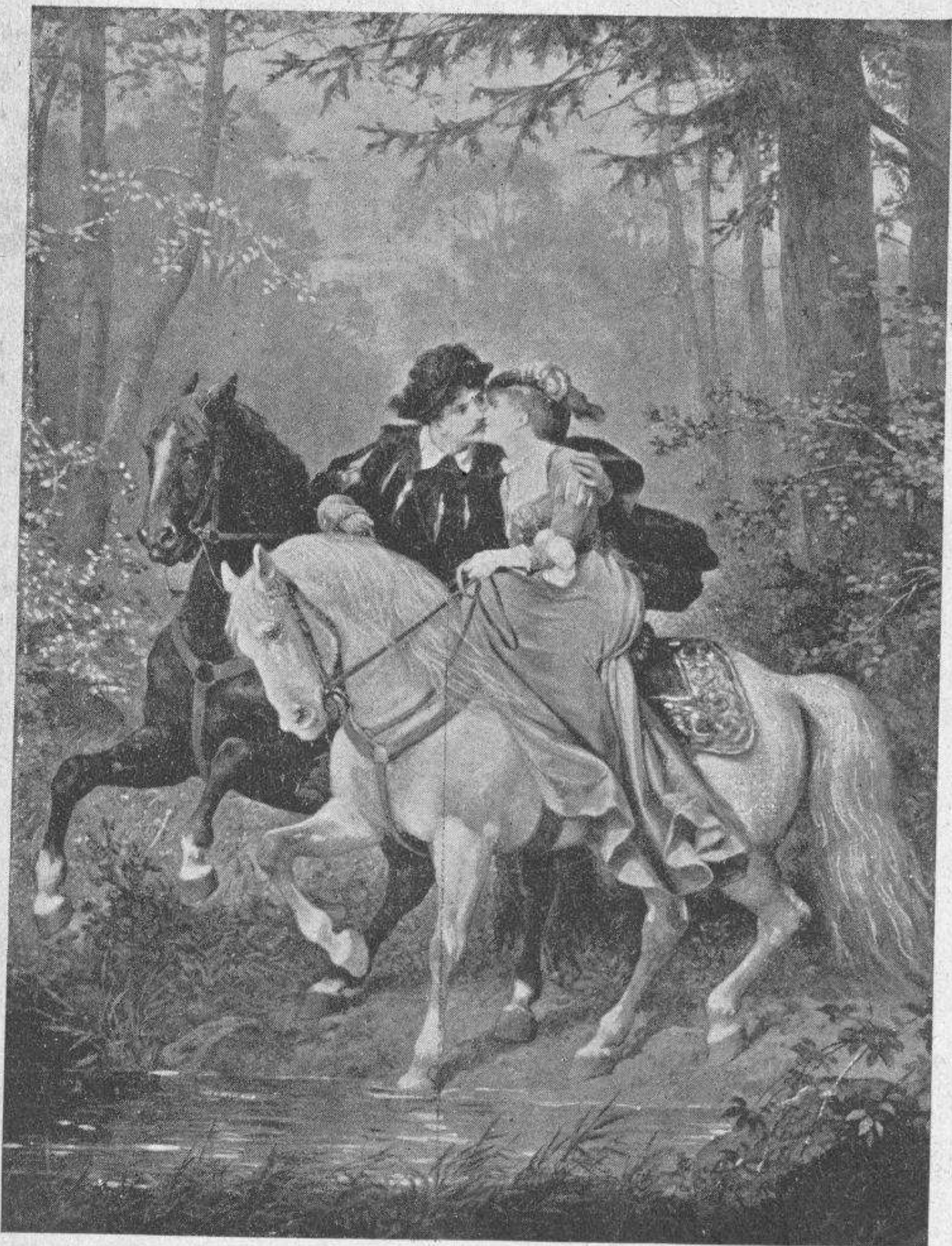
Sor Paula

I

Hincada en tierra, con la vista torva,
acallando el rugir del pensamiento,
doblado el cuerpo que sin fe se encorva
ante el jugo fatal del juramento;
sintiendo el frío de la losa helada
á través del sayal en sus rodillas
y el fuego horrible de pasión ahogada
pugnando por brotar de sus mejillas,
Sor Paula reza, crucifijo en mano,
un *Padre nuestro* entre sus labios rojos,
en su pecho las furias del Oceano,
la luz de las centellas en sus ojos.

II

Cerró la noche. De la celda umbría
el triste ajuar con su destello alumbra



C. SCHWENINGER. — En el bosque

tan sólo un rayo de la luna fría,
que filtrado en la espesa celosía,
deja casi á la monja en la penumbra.
Vellones blancos que destilan hielo
su marcha siguen por el negro cielo,
y el cierzo que murmura sus congojas
retuerce en el jardín las ramas secas
y arroja el polvo y las marchitas hojas
del viejo muro á las ventanas huecas.

III

Con un acento que dolor destila,
«Padre nuestro» murmura la cuitada...
y no puede seguir. En su pupila,
por las sombras espesas dilatada,
sólo una imagen ve; no quiere verla;
llama de nuevo á Dios desesperada,
pero Dios, que no quiere protegerla,
le devuelve la imagen adorada,
y Sor Paula, cual tigre que desea
la jaula destruir que le aprisiona,
se abandona á los goces de la idea,
al placer del maldito se abandona.

IV

«¿Qué habrá sido de él? Quizás ha muerto.
Quizás en brazos... ¡Nó! ¡Dios poderoso!
¡Señor del Sinaí! ¡Dí que no es cierto!
¡Que no es cierto, Señor!»

Tras rencoroso
grito que brota de su pecho herido,
se incorporó la bella religiosa
con el rojo semblante contraído
por sonrisa espantosa...
Y las blasfemias que guardaba el alma,
encerradas en sitio tan estrecho,
las desahogó con espantosa calma
clavándose las uñas en el pecho.

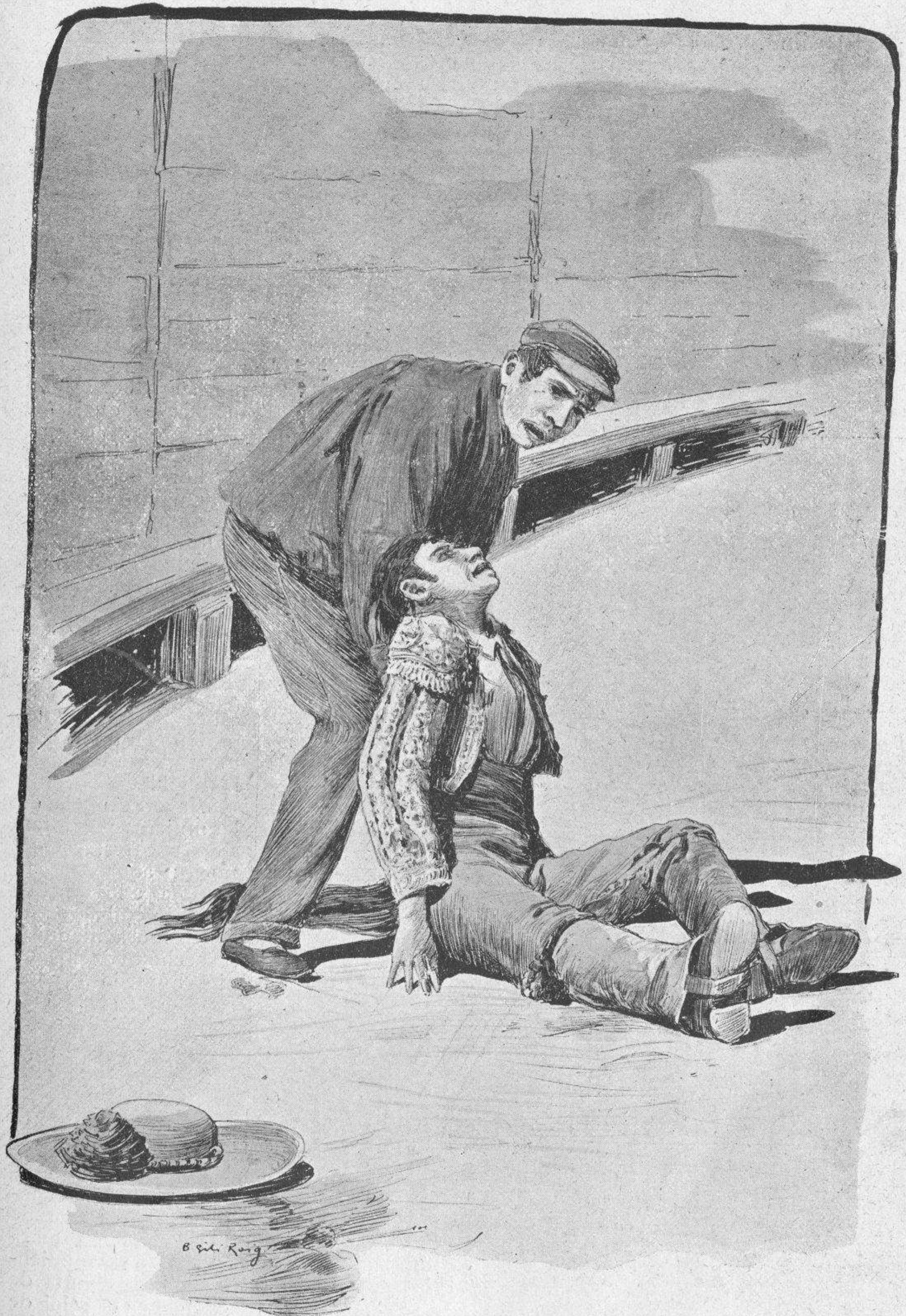
V

...Y sonaron después en sus oídos
extrañas y confusas melodías,
y voces con acentos doloridos,
que llenaron del templo las crugías.

Ante aquella oración de sus hermanas
olvidó sus torturas inhumanas,
sepultó en un sollozo sus agravios
y otra vez la infeliz cayó de hinojos
con el llanto en los ojos
y el Cristo de metal entre los labios.

José M.^a DE LA TORRE.

B. GILI ROIG



¡Herido!

Vida nueva...

¡Angela entró: llegó al espejo; dejó resbalar el rico abrigo de pieles; quedó en cuerpo, escotada, arrebolada aún la tez por la sofoquina del sarao, y se miró y expresó en la cara esa rápida, indefinible satisfacción de la mujer que piensa: «¡No estoy mal! Lo que es hoy, parecí bien á muchos.»

Fué, sin embargo, un relámpago aquella alegría. Se nublaron los ojos de la dama; cayeron sus brazos perezosos á lo largo del cuerpo, y subiendo con negligencia las manos, empezó á desabrochar el corpiño. Antes del tercer corchete, detúvose. «Le aguardaré vestida—pensó.—Al cabo hoy es noche de Año Nuevo. ¿Será capaz de irse en derechura á su cuarto?»

Cuando Angela, resuelta ya, volvió á subir el abrigo y se reclinó en el diván para aguardar cómodamente, el corazón le latía muy aprisa, y tumultuosas sensaciones hacían hervir su sangre y estremecían sus nervios. «También no es suya toda la culpa—pensaba acusándose á sí propia, táctica usual de los desdichados.—Yo he dejado que las cosas se pusiesen así. Veo que desaparecen las costumbres tan monas de la luna de miel... y transijo. Veo que se establecen otras secatonas, vulgares... y resignada. Veo que empc-

J. BOULOY



Tipo de mujer arlesiana

zamos á salir cada uno por su lado... y no me atrevo á quejarme en alta voz. Veo que sólo nos hablamos á las horas de comer... y me da vergüenza de presentarme triste ó furiosa. Esto no puede ser; algo he de poner de mi parte. La dignidad es cosa muy buena, sí, muy buena...; pero cuando se sufre y se rabia, y se le pasan á una por la cabeza tantas ideas del infierno en un minuto, ¡valiente consuelo la dignidad!»

No era Angela de las mujeres que lloran á dos por tres. Al contrario: aborrecía las lágrimas y los pucherros. Sin embargo, al concluir el soliloquio, sospechó que tenía los ojos húmedos... y los frotó con despecho con el pañolito de Alençon, que llevaba escondido en el pico del corselete. «El caso es — pensó impaciente — que voy á tener plantón para rato. Me he venido tan temprano, sin querer tomar ni una taza de té... ¿Qué hora será?»

Como respondiendo á la pregunta de su dueña, el reloj de bronce dorado produjo esa ligerísima trepidación que anuncia

que va á dar la hora, y empezó á darla, clara, argentina, delicadamente. Angela contaba ansiosa: «Una, dos, tres, cuatro... No cabe duda, las doce... ¡Ha muerto un año, y el otro empieza al vibrar la última campanada!

Angela se levantó. El tocador, que precedía á la alcoba, se encontraba alumbrado solamente por las bujías que ante el espejo encendiera la doncella al retirarse. Otro espejo mayor, el del *tremó*, colocado enfrente, reflejaba las lucecillas en su ancha luna, y fingía allá en el fondo de la estancia, titilaciones vagas de objetos, movimientos de cortinajes y formas extrañas de muebles, que se prestaban á cualquier capricho de la imaginación. Ello es que Angela, exaltada, materializó, por espacio de algunos segundos, la imagen del año que se iba y la del que venía. Los vió tal cual los pintan en alegorías y almanques: el que se iba, centenario de lengua barba nívea, de agobiado espinazo, de trémulas manos secas, apoyado en nudoso bastón, envuelto en burdo capote gris, del gris acuoso de las nubes; y el que venía, rollizo bebé, en camisa, ojoso, carrilludo, colorado, juguetón de pies, acariciador de manos, con luz del cielo en los ojos azules y rosas de primavera en los labios, que aún humedece la ambrosía de la leche maternal...

«A la verdad — pensó Angela, — nene, eres muy lindo...; pero me gustarías más si tuvieses la cara de mi José Luis. ¡Año Nuevo, añito nuevo, de poco me sirves si no traes vida nueva!... Mira, añito, que estoy determinada; ó me lo traes, ó... ¿para qué quiero lo que tengo?» exclamó casi en voz alta, cubriéndose el rostro con las manos y dando rienda suelta á sollozos, que parecían rugidos de leona joven.

De súbito se enderezó; echó atrás la cabeza, brillaron sus ojos, se inflamaron sus mejillas... No cabía duda: *sus pasos*. Aun apagados por la alfombra, ¡cómo resonaban en el alma! ¡Sus pasos!... ¡Tan temprano!... ¡Tan oportunamente!... ¡Con tal acierto amoroso!... ¡Al dar las doce de la noche, la primer hora del año!

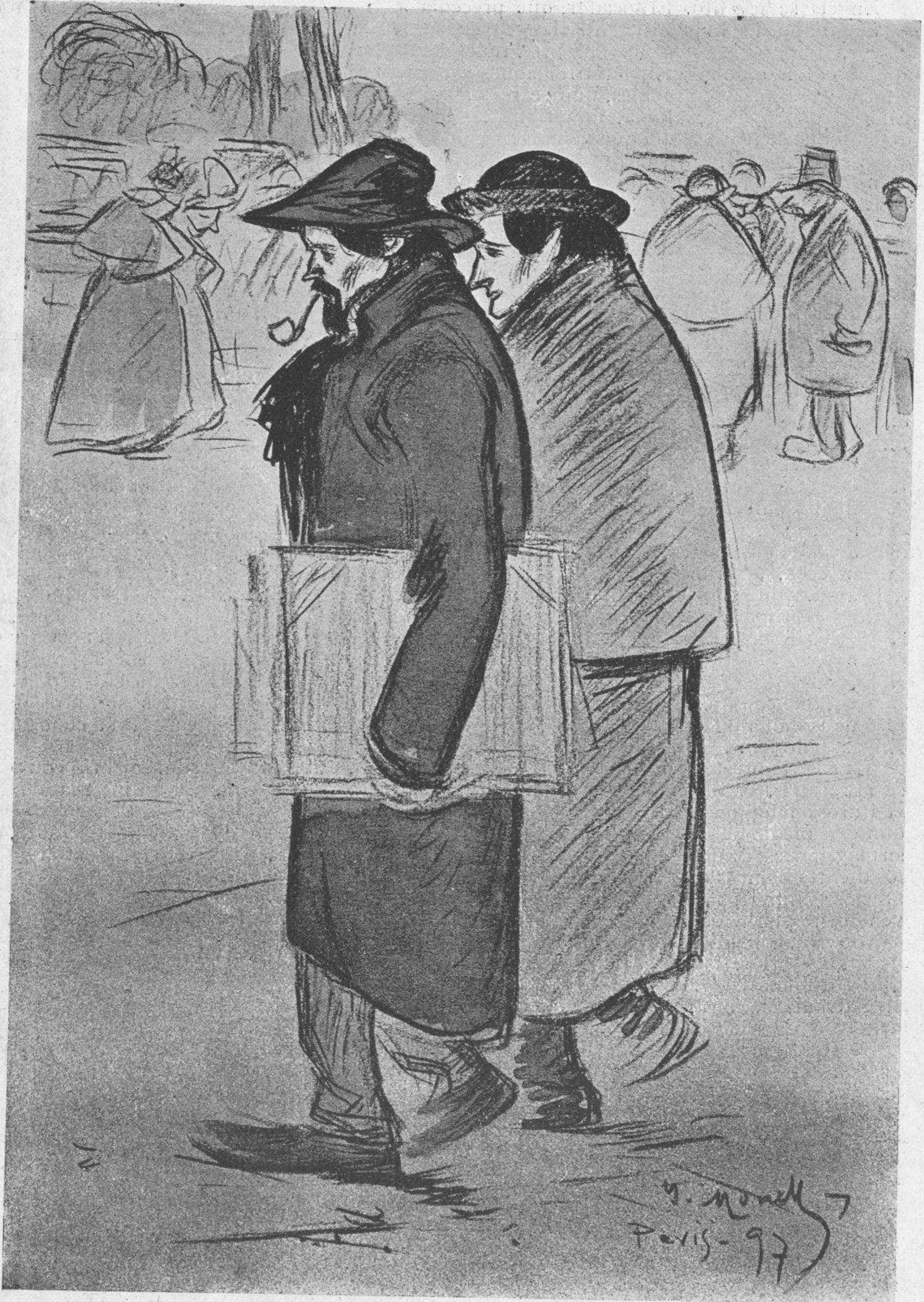
Angela se precipitó á la puerta á tiempo que ya la empujaba José Luis. Su mujer le recibía con loco abrazo, olvidando toda la estrategia de coquetería que momentos antes combinaba para dar la batalla decisiva y recobrar, ó saber si había perdido de veras — al amado esposo. ¡Rara coincidencia! Diríase que un pensamiento mismo ó una misma necesidad de afecto puro, fuerte, sincero, ardoroso, impulsaba á ambos cónyuges á una misma hora, á soldar la cadena por donde la habían roto la indiferencia y el cansancio del varón. ¿Qué ocultos móviles determinaban la conducta de José Luis? ¿Desengaños y heridas *fuera*, que le llevaba á buscar calor *dentro*? ¿O, pensando más cristianamente, ritornelos de un amor no muerto, aunque adormecido? Lo cierto es que desde el primer instante vió y sintió Angela que no era necesario atizar el fuego, pues conoció su intensidad en las ternezas y halagos, en las balbucientes palabras y en el propio silencio del marido, que con dulce violencia la arrastraba al diván, y recostaba en los hombros de raso de la dama una frente tersa y juvenil, cubierta de pelo negro, cuyo aroma conocía Angela tan bien...

La alegría prestó resolución á Angela, y su corazón, antes tan cerrado, se abrió como se abre una flor de estufa en la templada atmósfera que prefiere. En un intervalo de venturosa languidez, tuvo valor para quejarse de lo pasado, y dijo su soledad, su abandono en medio del desierto social, su desesperación muda, sus obscuras meditaciones, sus lágrimas sorbidas, sus protestas silenciosas y hondas... José Luis sonreía, mostrando los dientes blancos entre la limpia y tersa barba, y contestaba con halagos, con risas, con graciosa mímica, tierna y adulatora. «Hoy empieza Año Nuevo, ¿sabes?—suspiraba ella, vehemente, anhelosa, menos embriagada con la realidad que embebecida en la esperanza. —Año Nuevo, vida nueva... ¿Verdad que sí? ¿Verdad que no volverán días como esos del año anterior, tan largos, tan fríos, tan horrorosos? ¡Esé año maldito tuvo lo menos diez y ocho meses! ¡Anda, dime que no volverán!... Vida nueva...» «¡Vida nueva!»—repitió él festivamente con gentil desmaña, ayudando á desceñir el elegante corselete de terciopelo rosa que rodeaba el talle de su mujer...

A la mañana siguiente, Angela despertó antes que la doncella abriese las maderas: ardía aún la lamparilla tras los vidrios de colores que protegían su luz, y en el tibio ambiente quedaban indefinibles rastros de la emoción, de la ventura pasada. Angela miró á su alrededor; se vió sola; y seria, reflexiva, sacudiendo el sueño, se incorporó sobre el codo. «Unas horas felices... sí, ¡pero después!... El se reía; ¡cómo se reía con aquello de *vida nueva*!... ¡Pobre de mí! No hay que soñar... Hoy empieza un año que será lo mismo que el otro... Hice mal en estar tan cariñosa... ¡Bah! Si el caso volviera á presentarse... ¡estaría lo mismo! Año Nuevo, ¡embustero! me has engañado...»

Al pensar así, creyó Angela que en las cortinas que cerraban el paso al tocador, se agitaba una figurilla... La escasa luz no la permitió distinguirla claramente; pero la figurilla apartó las cortinas, y Angela no pudo dudar. Era el Año Nuevo, el chiquitín riante, rubio, fresco, con su camisilla de encajes, su gorrito de batista... Debajo del brazo traía una cuna dorada, con lazos de cinta azul. También reía, reía á carcajadas, con la risa deliciosa de la primera niñez, que vierte chorros de inocencia divina, y amenazaba

D'APRÈS NATURE, POR NONELL



RAPINS (Estudiantes de la Academia de Bellas Artes de París)

con el dedito á la dama... Hasta fantaseó ella que pronunciaba palabras sueltas, en media lengua confusa. «¡Tonta!... Yo necesito... ¡Vida nueva!... ¡Yo vida nueva!... ¡Yo!...»

Angela juntó las manos. Sus ojos se dilataron; su pecho se alzó para respirar ansiosamente; una ola de misterioso júbilo ascendió desde las profundidades de su sér al rostro, transfigurado por estática beatitud.

«¡Un niño!» murmuró temblando.

EMILIA PARDO BAZÁN.

❖

Cantares

Asómate á la ventana,
asómate, vida mía,
para que, al venir el sol,
se encuentre que ya es de día.

Con tinaja de bodega
te he llegado á comparar,
que, aunque se queme la casa,
conserva su frialdad.

Tal me han puesto mis quereres,
que, cuando miro á un espejo,
no conozco al que hay enfrente.

¡Cuando querrá Dios del cielo
que te caiga una centella
y te parta en dos mitades
ó en dos mitades y media!

Vive la mora entre zarzas
y entre zarzas vive bien,
pues no pinchan á la mora
sino á quien la va á coger.

Desde que murió mi madre
mi casa es mata de rábanos;
que lo malo está á la vista
y lo bueno está enterrado.

Aunque miro á dos mujeres,
á una quiero nada más;
que el corazón siempre es uno
y los ojos son un par.

Si hablan mal de tu persona
deja que hablen y no llores;
cuanto mejor es la fruta
más la pican los gorriones.

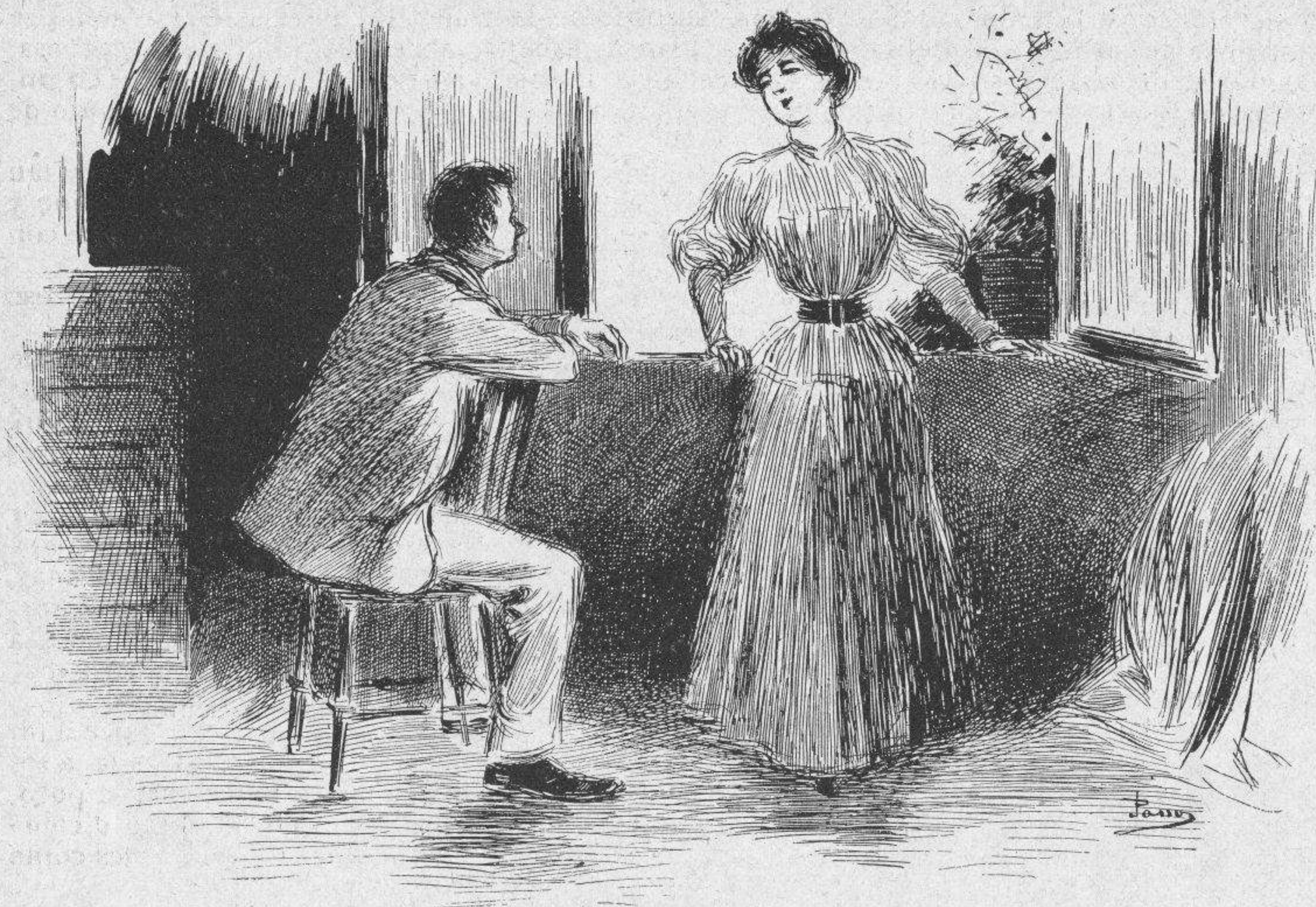
L. ROYO VILLANOVA.

❖

A. DIEFFENBACKER



Perseguido



Felipe segundo, bis

— En fin, señores, — concluyó Romualdo después de apurar el *doble* de cerveza que consumía todas las tardes de tres á cinco en el Suizo; — la historia puede reprochar á Felipe II el haber sido excesivamente tirano y fanático, pero esa misma historia reconoce que fué un gran rey. Esto es indudable.

— Sí, es indudable... — asintió en coro toda la *peña*.

Y Ramoncito Pérez añadió con acento quejumbroso:

— Yo conozco á uno que se le parece mucho.

— ¿A quién? — preguntó Matías Burguete.

— Pues, á ese... á Felipe II.

— ¿Físicamente?

— Físicamente, no sé; pero moralmente, en su manera de proceder, mucho.

— ¿Y quién es ese personaje que se parece al gran monarca hispano? — interrogó desdenosamente Romualdo.

— Mi papá... — repuso con noble sencillez Ramoncito.

Todos los peñistas soltamos la carcajada, excepción hecha de Romualdo, que murmuró un «¡majadero!» del cual se preocupó poquísimo el aludido.

— No se rían ustedes, señores, — prosiguió Pérez en tono lastimero; — mi padre tiene mucho de Felipe II.

— Conste, señores, — dije yo entonces, — que nuestro apreciable compañero Ramón está dominado por la manía de las grandezas. Yo tengo el honor de conocer personalmente á don Agapito Pérez, y puedo certificar que, aunque tenga el aspecto adusto y el genio atrabiliario y severo del hijo de Carlos V, no tiene nada más de común con él.

— Pues yo voy á demostraros como mi señor padre ofrece muchísima semejanza con el gran rey, — replicó Ramoncito sin abandonar su gesto y su acento contristados. Dejarme tomar chocolate, y escuchad luego uno de los capítulos más tristes de mi historia, que os convencerá de la semejanza existente entre el autor de mis días y el fundador del Escorial.

* * *

— Cinco años atrás, — empezó diciendo Ramoncito, — tenía yo veinticuatro y estaba enamorado como un borrico de una modistilla, cuyos encantos físicos y perfecciones

morales constituían para mí el tipo más acabado de la mujer que pueda soñar el hombre ansioso de casorio. Carmelita era rubia, blanca, esbelta, apretadita de carnes, garbosa, amable, de carácter suave, honrada, hacendosa, limpia, viva de ingenio, discreta... en fin, una perla. No tenía un cuarto, pero sí unas manos de oro que no se daban punto de reposo.

Empecé á cortejarla con fines libidinosos — ¿para qué ocultarlo? — pero la ví tan buena y fuí prendándome hasta tal grado, que un día me dije con toda la convicción y toda la resolución de un hombre absolutamente chiflado: «Ramón, tienes que casarte con esta chica».

Formado este proyecto, se lo comuniqué á la interesada. Bajó ella los ojos, ruborizóse y tras una pausa, me contestó bajito: «Bueno, como tú quieras».

Pero quedaba un rabo muy duro por desollar, sea dicho eso con todo el respeto que debe un hijo á su padre. Estaba yo seguro de que en cuanto participase al mío los planes matrimoniales que había formado, iba á encontrarme con una oposición formidable. Pero la realidad superó en mucho á mis esperanzas. Apenas le dije á mi padre, con la natural turbación, que deseaba casarme, me miró de pies á cabeza despreciativamente, y me llamó «¡imbécil!». Insistí en mis trece, y hubo que entrar en explicaciones y dar detalles, y decir que se trataba de una modistilla pobre, pero honrada; sulfuróse papá por todo lo alto, y después de calificarme de bruto, de loco, de acémila, de no sé qué más, me declaró que su consentimiento no lo obtendría jamás, y que si persistía en casarme, empezaría por expulsarme de su casa y me desheredaría luego. «Pues bien, le dije, á pesar de todo, me casaré; sí señor, me casaré...» Entonces cogió un palo... y yo me disparé como una centella, escaleras abajo.

Con voz trémula, ojos llorosos y corazón oprimido, fuí á dar cuenta del lance á mi prometida. Consolóme ella con dulces palabras, exhortándome á tener paciencia, á ser respetuoso con mi padre, á no contrariarle, á procurar vencer su resistencia, poco á poco, con mucha dulzura y mucho tacto. «Eso ha de ser cuestión de tiempo, concluyó diciéndome; ¿y qué importa el tiempo cuando dos se quieren?... con tal que tú me ames como yo te amo, ¿qué más da esperar un año, que dos ó que tres?»

Me esforcé en atemperarme á tan razonables consejos y me pareció, en efecto, que iban á darme buenos resultados. Paulatinamente, mi padre fué mostrándose menos irascible y menos intransigente; aunque no quería ceder en su negativa, olfateaba yo que se iba ablandando y que acabaría por ceder, siquiera fuese de mala gana.

Una tarde, en que me figuré verle de mejor temple que de costumbre, quise aprovechar la ocasión y le dije:

— Papá: para que se convenza usted de que mi cariño es racional, de que amo á una chica digna por todos conceptos, hágame usted un obsequio: vaya usted á casa de Carmelita; deseo que usted la conozca y la hable y la aprecie en cuanto vale. ¿Quiere usted hacerme este obsequio, papá?

No contestó ni que sí, ni que no; pero aquella misma noche, mientras estábamos cenando, me dijo:

— He estado en casa de esa... de tu novia...

— ¡Ah!...

— Y la verdad... no me ha parecido del todo mal...

— ¡Papá!... ¡qué bueno es usted! — exclamé entusiasmado.

— Déjate de pamplinas... La muchacha no me desagrada, pero antes de darte mi consentimiento, quiero hacer una prueba.

A tu edad, se toma con frecuencia un cariño superficial, un simple capricho por una pasión volcánica, por un amor sólido y duradero.

— Mi amor durará toda mi vida, — dije con voz patética.

— No seas bruto... tu amor durará lo que dure. Y para averiguarlo, quiero hacer una



prueba. Te irás á pasar seis meses á casa de tu tío Jaime, en Teruel. Así aprovecharás la ocasión de arreglar los asuntos que tenemos allí pendientes, procedentes de la testamentaría de la tía Pepa, que se eternizan demasiado. Si al volver sigues tan enamorado y persistes en casarte... pues, te casarás.

No me hizo mucha gracia la combinación; pero comprendí que no había más que pasar por ella, y después de una despedida tiernísima en que Carmelita y yo llorábamos á lágrima viva, y nos juramos imperecedera constancia, me alejé trastornado hacia la ciudad de los inmortales amantes.

Señores: sea dicho en honor de la verdad y de mi consecuencia: el alejamiento no entibió en lo más mínimo mi ardoroso afecto; la imagen de mi Carmelita no se borraba un instante de mi pensamiento, y deseaba con febril impaciencia ver llegar el término de mi destierro y volver al lado de mi ídolo. Faltaba todavía un mes para que concluyese el plazo, cuando una mañana ví llegar á mi tío Jaime, con rostro lúgubre y mirada tétrica.

— Ramón, — me dijo; — prepárate para recibir una mala noticia... no, digo mal; dos malas noticias.

— ¿Qué ocurre? — pregunté temblando.

— Tu padre...

— ¿Está enfermo?... ¿muerto, tal vez?

— Ni enfermo, ni muerto... pero... está casado.

— ¡Qué barbaridad! — dije estupefacto.

— Y ahora, sobrino mío, prepárate para la segunda noticia... peor que la primera. Tu novia...

— ¿Enferma?... ¿muerta quizás?

— No, pero... ¡casada!

— ¡Imposible! — rugí furioso. — Usted calumnia á mi Carmelita...

— No la calumnio, no. Tu novia se ha casado con tu padre.

No estoy bien seguro de ello; pero creo que caí desmayado.

*
*
*

— Ya es lance peregrino — observó el corredor Mosaleta, — pero en todo eso, ¿qué tiene que ver el rey Felipe II?...

— ¿Cómo qué tiene que ver, ignorantón? — saltó el erudito Romualdo; — ¿no sabes, acaso, que Felipe II le sopló la novia á su hijo el Príncipe don Carlos y se casó con ella?

— ¡Y que cada día está más guapa, mi madrastra! — suspiró con indefinible expresión de tristeza y de envidia el pobre Ramoncito.

JUAN BUSCÓN.



Estancias

Este es el muro, y en la ventana,
que tiene un marco de enredadera,
dejé mis versos una mañana,
una mañana de primavera.

Dejé mis versos en que decía
con frase ingénua cuitas de amores;
dejé mis versos que al otro día
su blanca mano pagó con flores.

Este es el huerto, y en la arboleda,
en aquel sitio de aquel sendero,
ella me dijo con voz muy queda:
«Tú no comprendes lo que te quiero».

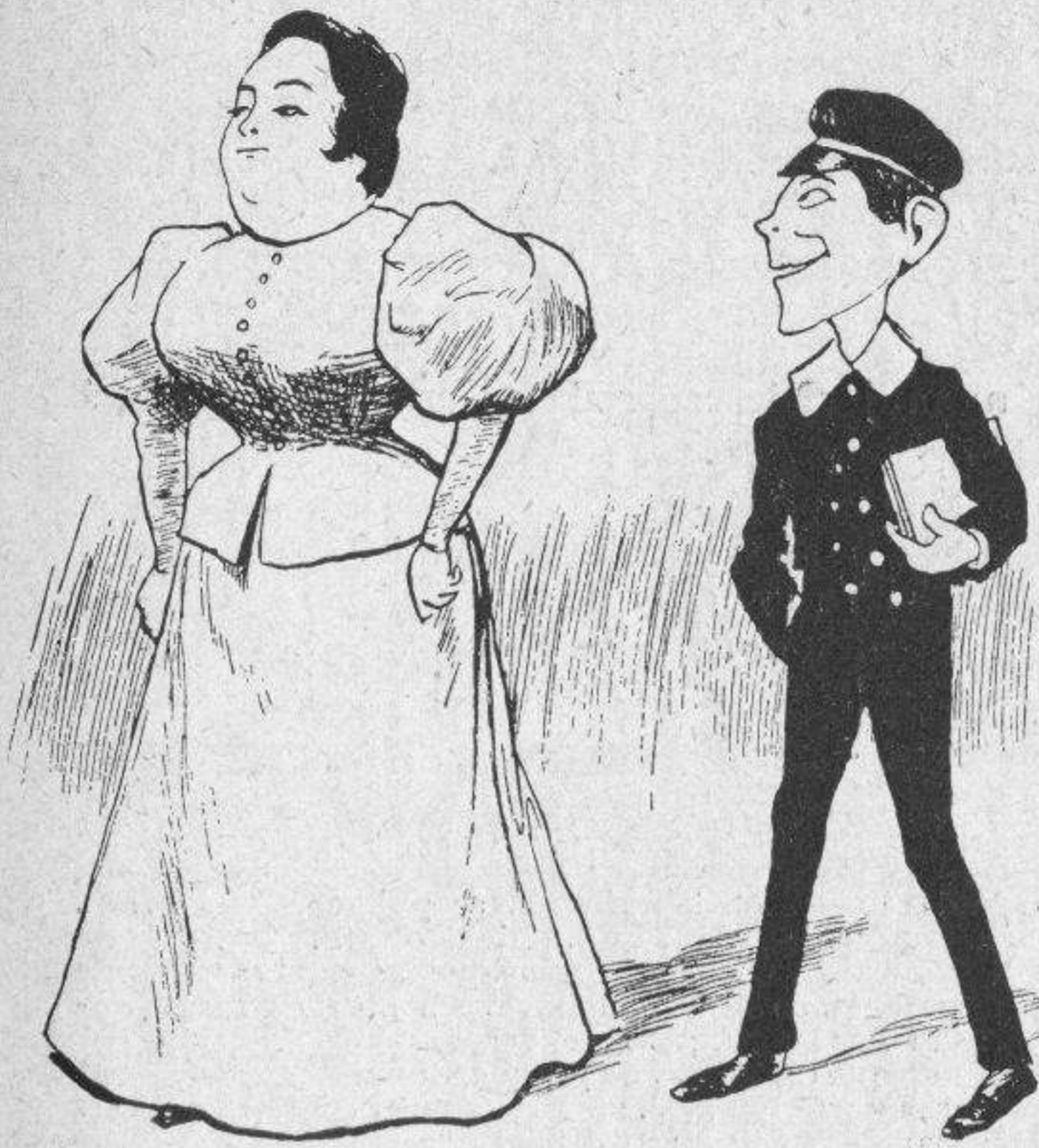
Junto á las tapias de aquel molino,
bajo la sombra de aquellas vides,
cuando el carruaje tomó el camino,
gritó llorando: «¡Que no me olvides!»

Todo es lo mismo: ventana y hiedra,
sitios umbrosos, fresco emparrado,
gala de un muro de tosca piedra;
y aunque es lo mismo, todo ha cambiado.

No hay en la casa seres queridos;
entre las ramas hay otras flores;
hay nuevas hojas y nuevos nidos,
y en nuestras almas nuevos amores.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

LOS GUSTOS DEL HOMBRE



À los 15 años



À los 30



À los 50



À los 80

Xandaro



Desde el presente número se encarga de la dirección de LA SAETA, el Sr. D. José Fernández de la Reguera.

Una mujer desesperada es capaz de tirarse á un pozo.

Bien hacía la vieja del cuento en no querer morir.

—¿Sabes la calle del Valle?
—Ya lo creo que la sé.
—Está bien; dime qué calle...
—¡Señorito, calle usted!

Porque lo que ella decía: Siempre se ven cosas nuevas.

Miren Vds. lo que habría visto ahora la vieja si no se hubiera muerto:

«Al volver á su casa un vecino de la calle de Ronda, se encontró con que le habían sustraído de una cómoda la cantidad de cincuenta y ocho pesetas en billetes. El robado dió parte á la autoridad, etc...»

Bien ha hecho en dar parte, y yo me alegraría de que rescatase la cantidad.

¡Porque ha tenido desgracia, el pobre!

Era el único español capaz de tener *cincuenta y ocho pesetas en billetes* y... ¡mire V.! se las roban.

Aunque... ya comprendo.

Tendría cincuenta pesetas en billetes de Banco y ocho pesetas en billetes de la Lotería.

O en billetes para los toros.

O un billete amoroso que le pudiera valer 32 reales.

O billetes para...

¡Vaya V. á saber qué clase de billetes puede usar un individuo para completar cincuenta y ocho pesetas!

A bofetón limpio dicen que una lucha se trabó entre un par de carboneros ya saturados de alcohol. Y estando ambos contendientes sucios de polvo y carbón, yo creo que en la noticia se ha padecido un error; pues bofetones habría, ¡pero lo que es *limpios* no!

Pensamientos:

No es lo mismo echarse á la bartola que echarse á la Bartola... por novia.

En este mundo unos meten la pata y otros pagan el pato.

Algunas chicas se meten monjas; otras no se meten nada.

Para meterse en Honduras, es preciso ante todo ir á América.

Correspondencia

G. N. del P. — Una, la primera, se publicará. La otra... ¡está ya tan manoseado el asunto de la otra!...

S. E.—San Gervasio.—Es el caso que las palabras *llama* y *baña* acordaron en su última entrevista no declararse consonantes... por ahora. ¡Ah! y el verso

«y que tus labios de grana balbucientes» me encarga participe á V. su firmísima decisión de no ser endecasílabo en lo que resta de siglo.

Marcial.—El asunto es inocente

y algo soso «mayormente».

L. L. L.—Motril.—El asunto es poca cosa

y la forma algo premiosa.

M. G.—Madrid.—El asunto... Aquí hago punto.

¡En la de V. no hay asunto!

J. de G.—No sirve.

Manolote.—Pues mire V.: el uno es muy cochino; el otro algo cochino; el otro bastante cochino, y el que resta sumamente cochino. De donde parece deducirse que son todos cochinos.

M. V. G.—Dos Hermanas. — ¡Juro á Cribas que esos epigramas los he leído yo en alguna parte! No recuerdo en dónde, pero los he leído.

E. de L.—Sevilla. — No, todavía no acaban de resultar. Pero pruebe V. y ¡qué diablo! veremos.

V. S.—Toledo.—Ese soneto ¡oh, joven!

que usted ha mandado.

es de López de Ayala...

desfigurado.

P. R.—No sirve.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año. 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona